

Á SAN JUAN DE LA CRUZ

POESÍA DE

DOÑA CAROLINA VALENCIA

PREMIADA EN PÚBLICO CERTAMEN

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y PUBLICADA Á SUS EXPENSAS



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, 8

1891

73 na

À SAN JUAN DE LA CRUZ

Á SAN JUAN DE LA CRUZ

POESÍA DE

DOÑA CAROLINA VALENCIA

PREMIADA EN PÚBLICO CERTAMEN

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y PUBLICADA A SUS EXPENSAS

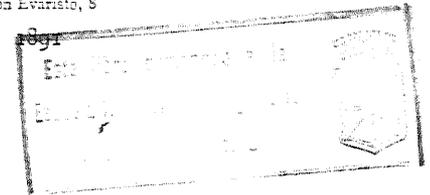


MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, S



A SAN JUAN DE LA CRUZ.

*Ego dilectus meus, et dilectus meus
mihi, qui pascitur inter lilia.*

(CANT. CANTIC., VI. 2.)

Sagrada inspiración, hija del Cielo,
Musa bendita del Edén cristiano
Que acuerdas el cantar de los querubes;
Cierne amorosa sobre mí tu vuelo
Hinchendo de armonía el aire vano,
Y desde el solio de irisadas nubes
Toca mi frente con tu ebúrnea mano.
Pon en mi lira los robustos sonos
Del arpa de David, y da á mi acento
Las blandas inflexiones
Con que suspira vagaroso el viento;
Muéstrame en tus magníficas visiones,
Roto el velo de púrpura y de gualda,
Ese alcázar de nubes alfombrado,
Campos de luz y de fragancia, en donde

Tras sus muros de jaspe y esmeralda
 La espiritual Jerusalén se esconde.
 Y si haces que á mi mente soñadora
 Baje un solo destello desprendido
 De aquel Sol sin ocaso y sin aurora
 En el eterno oriente
 Por la divina diestra suspendido;
 Si llega dilatado hasta mi oído
 Cual música perdida en el ambiente
 El tímido arrullar de las palomas
 Que allí en áureo verjel forman su nido;
 Si adornas tú mi frente
 Con las flores que nacen en sus lomas,
 No envidiaré del Pindo los aromas
 Ni de Helicón la codiciada fuente.

Quiero seguir el atrevido vuelo
 Del cisne de Hontiveros solitario,
 Del serafín ardiente del Carmelo;
 Quiero cantar la fama esclarecida
 Del que huyendo el halago y la torpeza
 Del mundo visionario,
 Para buscar la huella enrojecida
 De la víctima pura del Calvario,
 Á los pies de la Cruz pasó la vida
 Como flor escondida
 Que perfuma las noches del santuario;

Quiero cantar la insólita grandeza
 De aquel JUAN DE LA CRUZ que en el olvido
 Del retiro claustral, en la pobreza
 Y el abandono terrenal sumido,
 Por el divino amor solicitado
 Y de su santa dulcedumbre henchido,
 Sin impedirlo la mortal flaqueza,
 Llegó en las alas de su amor subido
 Á gozar la défica belleza;
 De aquella lira en el Edén forjada
 Quiero escuchar la sacra melodía,
 La trova regalada,
 La tétrica elegía;
 Quiero alcanzar la postrimera nota
 De aquel glorioso canto
 De mística armonía;
 Quiero gozar la suavidad que brota
 De aquel torrente santo
 De excelsa y celestial sabiduría.....

Y el mundo ¿qué dirá?... ¡Canta, arpa mía!
 Canta, y primero que tu numen sea
 Esa negra impiedad que hoy en sus brazos
 Aprisiona los velos de la idea,
 Enmudecida para siempre vea
 Tu caja de marfil rota en pedazos.

Era aquel siglo de sin par grandeza

Para la patria mía;
 Siglo dorado en que la madre España
 Los destinos del mundo dirigía,
 Grande en la paz y heróica en la campaña;
 Siglo que eterno brillará en la historia
 Con luz que el tiempo al transcurrir no empaña.
 Ved cómo al son de bélicos clamores
 De sus guerreros siempre vencedores
 Pasa triunfando la legión gloriosa,
 Y más allá la pléyade ostentosa
 De sus enamorados trovadores;
 Aquí al par de los sabios y doctores
 Su larga procesión de anacoretas,
 Y ornados de laureles y de flores
 Filósofos, artistas y poetas.

Allí en sagrado arrobamiento avanza
 Entre el blanco sayal y el negro velo,
 Hermosa como un rayo de esperanza,
 Pura como el incienso en los altares,
 La mística doctora del Carmelo,
 La encarnación sublime
 De la esposa gentil de los cantares;
 Y tras la huella que su planta imprime,
 Con dulce y majestuoso continente,
 Fija en el Cielo la vivaz mirada,
 Alta y serena la inspirada frente
 En donde irradia ese fulgor divino

Que al sabio y al poeta
 De la inmortalidad abre el camino,
 Como sombra de un mundo peregrino,
 Marcha en silencio juvenil asceta.
 ¡Es él: JUAN DE LA CRUZ!... ¡Atrás, mundanos!
 ¡Atrás, mentidas glorias,
 De torpe vanidad ídolos vanos,
 Grandezas como el tiempo transitorias,
 Pasto de podredumbre y de gusanos!
 ¿Qué es ante esta figura soberana
 La mezquindad de la soberbia humana?
 ¡Miradle! No con délficos laureles
 Su altiva sien la adulación corona,
 Ni le anuncian beligeros corceles,
 Ni el heraldo que gárrulo pregona
 Las sangrientas hazañas de la guerra,
 Ni con su voz al universo aterra,
 Ni el eco de su nombre omnipotente
 Hace crujir los ejes de la tierra.
 Austero, manso, pobre, penitente,
 De su humildad sumido en lo profundo
 Y ardiendo con la llama abrasadora
 Del celestial amor vivo y fecundo,
 Sólo es grande ante el Dios á quien adora,
 Cuyo reino inmortal no es de este mundo.
 Hacia ÉL vuela con raudo desvarío
 Arrebatado en ímpetu violento

Como flecha lanzada en el vacío;
 Hacia Él va su cautivo pensamiento
 Como ciervo sediento
 Que busca ansioso el transparente río.
 Triste, meditabundo, solitario,
 Vedle rendido con ferviente anhelo
 Ante el ara bendita del Santuario
 Inquiriendo el penoso itinerario
 Que termina en los pórticos del Cielo
 Comenzando en la cumbre del Calvario.
 Allí, abismada en su dolor sublime
 El alma, de su Bien destituída,
 Por la nostalgia de la Patria herida
 Como avecilla aprisionada gime:
 Allí libre de trabas mundanales,
 De que gozoso al ánimo redime,
 Con el Profeta-Rey ora, y suspira
 De Sión por los atrios inmortales
 Donde alma paz el corazón respira:
 Allí pasa las horas soñolientas
 De noche larga, tormentosa, oscura,
 Huyendo de su pena los testigos;
 Y abrevada en torrentes de amargura,
 Acecha sin cesar en los postigos
 Por donde oír espera del Amado
 El acento en las sombras dilatado.
 Mas ¡ay! que el Bien se aleja,

Y al par que el pecho del amante inflama,
 Muéstrase sordo á la doliente queja,
 Á los balidos de la fiel oveja
 Que en las auras noctívagas le llama.
 Enlutado el espacio silencioso,
 Ni un astro errante en el cenit refleja
 Su disco entre la niebla tembloroso;
 El alma ausente del ansiado Esposo
 Que en espantable obscuridad la deja,
 Se mira en su dolor abandonada;
 Y en olvido del mundo y de sí misma
 Se humilla, se confunde, se anonada
 Y en lo profundo de su sér se abisma.
 Y crece el ansia y la congoja crece,
 Y con la vida anímica anulada,
 Desnudo de terrenos apetitos,
 Sin ideas, recuerdos ni pasiones,
 El espíritu flaco desfallece
 Con anhelo de bienes infinitos
 Que llenen sus divinas ambiciones:
 Su ardiente fe se aviva y se agiganta;
 Su esperanza le muestra las regiones
 Que eterna luz matiza y abrillanta;
 La caridad consoladora y santa,
 Motor universal de sus acciones,
 Le hace tender el vuelo á las alturas;
 Y quebrantando con amiga mano

El último eslabón de sus cadenas,
 Aquel Dios soberano,
 Que siendo amante de las almas puras,
 Se apacienta entre lirios y azucenas,
 Mirando el corazón desposeído
 De cuanto humano afecto en él vivía,
 Piadoso rasga la enlutada nube
 Que el alma de su siervo obscurecía;
 Y sin que toque el suelo con su planta
 Prestándole las alas del querube,
 Hacia Sí enamorado lo levanta:
 Cuanto más se abatió, más alto sube;
 Cuanto más se amenguó, más se agiganta:
 Y en deleitoso olvido,
 En éxtasis deífico arrobado,
 Quédase adormecido
 En brazos del Amado
 Y en su florido seno reclinado.
 No le hagáis recordar: dejad que goce
 De reposo tan dulce y deseado.
 ¿Quién el bien sumo y celestial conoce
 Que consigue el mortal así olvidado,
 De su propia existencia desprendido
 Y en manos de su Dios abandonado?

Es la ovejuela del pastor mimada
 Que en el rigor de la ardorosa siesta,

Andando enamorada
 Oculta en lo interior de la floresta,
 «Hízose perdidiza y fué ganada;»
 Es la blanca paloma inmaculada,
 Que hallando por doquier la tierra impura
 Por las aguas del crimen inundada,
 Al arca santa se acogió segura
 Tras larga noche de aflicción pasada;
 La casta tortolica
 Cuyo pecho gentil de amor transido
 Á los aires, en sonos plañideros,
 Lanzó el doliente, arrullador gemido,
 Hasta que al lado de la roca viva
 En los más escondidos agujeros
 Y en grata soledad labra su nido.
 No más de la enramada á los oteros
 Ni de los verdes prados al ejido
 Se la verá vagar, ni en los rastrojos
 Buscará el alimento apetecido
 Saltando vallas y pisando abrojos:
 Que ya por la espesura
 Entróse en lo interior del huerto ameno
 Donde aspira en sus horas de ventura
 El ambiente estival de aroma lleno.
 «Quedóse y olvidóse,
 »El rostro reclinó sobre el Amado,
 »Cesó todo, y dejóse

» Dejando su cuidado
 » Entre las azucenas olvidado.»

¡Oh deliciosa calma!
 ¡Oh dulce arrobamiento!
 ¿Quién es capaz de celebrar la gloria
 De que se inunda el alma
 Con ese singular abatimiento
 En que se ciñe victoriosa palma?
 Tú, cisne de Hontiveros melodioso
 Que alegraste las noches del desierto
 Con tu cantar como la miel sabroso,
 Y adormido en los célicos jardines
 Sorprendiste las notas del concierto
 Con que alaban á Dios los serafines,
 Tú solo puedes acordar los sonos
 De la sagrada lira,
 Y pintar en angélicas canciones
 Á la Esposa en su Amado transformada
 Cuando de amor purísimo delira;
 Tú, cuyos pensamientos inflamados
 Como la ardiente fe que los inspira,
 Con hermoso desorden ordenados,
 Fluyen serenos de tu rica mente
 Cual en campiña amena,
 Mansa, sonora y cristalina fuente
 Suelta entre flores su armoniosa vena;

Tú, que al mover el plectro regalado
 Sin procurar del arte el vano aliño
 Cantaste como el pájaro en el prado
 Con la inocencia virginal del niño;
 Tú, que vestiste el mágico ropaje
 De sobrenatural grandilocuencia
 Á tu láctea y brillante poesía;
 Tú, á quien la primordial sabiduría
 Hizo participar de su omnisciencia
 Cuando en aquel recóndito paraje
 Quedaste «no sabiendo
 » Toda ciencia increada trascendiendo....»

¡Oh, quién tuviera el estro peregrino
 Que inspiró tus melíficos cantares
 Cual murmurio de arroyo cristalino!
 Entonces sí que como arpado trino
 De filomena oculta en los pinares,
 Alzara yo mi trova cadenciosa
 Hasta el dosel de hermosos luminares
 Que te sirve de alfombra esplendorosa.

Serafín abrasado del Carmelo,
 Extático doctor, de cuyos labios
 Brota en raudales divinal consuelo
 Con ciencia no aprendida de los sabios,
 De la vida interior guía y modelo,

Santo, reformador, monje y poeta
Que ciñes como austero penitente
La corona de espinas del asceta
Y del genio el laurel resplandeciente;
Tú, que cual santa aparición del Cielo,
Cual vapor que á la tarde se levanta,
Cual sombra inmaterial cruzaste el suelo
Sin tocar en el polvo con tu planta,
Desde el solio que ocupas en la altura
Bendice el plectro que tus glorias canta.

86
A 32
E